

# OPINION/Daniel Vidart

## Etica y naturaleza

**E**L tema de la degradación y contaminación ambientales se ha convertido en uno de los tópicos de nuestro tiempo. Dicho tema es abordado a la vez por la ciencia y la opinión o, lo que es peor, por una opinión que se cree científica y que con desaprensiva arbitrariedad utiliza los términos ecología y ecosistema como contrapuestos a tecnología y economía, dando así vuelo a sofismas de distracción, cuando no a manipulaciones de la realidad, cuyo desenmascaramiento importará de veras.

Del mismo modo se afirma que es imprescindible crear una ecoética, o una moral ambiental, o una ética referida a la Naturaleza, para sustituir los puntos de vista antropocéntricos, hasta ahora vigentes, por otros de tipo biocéntrico. Dicho biocentrismo privilegia la intocable permanencia de los ecosistemas terrestres, aun a costa de la caducidad del hombre, esa miserable criatura que destruye el esplendor originario del Tercer Planeta.

Oigamos la voz de estos nuevos popes: "Se ha dicho que la especie humana es una enfermedad del suelo... Hasta que el torpe hombre entró en escena todo funcionaba de forma racional (sic), con una productividad óptima en todos los tipos de hábitat, tanto terrestres como acuáticos. El hombre no sólo arruinó el suelo, quemó y cortó la vegetación; donde no había agotado el agua la contaminó. Exterminó los animales, olvidando que los silvestres pueden vivir donde los domésticos morirían..." (K. Curry - Lindahl, *Conservar para sobrevivir*, 1972).

Este sorprendente e insensato pensamiento revela una actitud común en muchos autodenominados ecologistas ayunos de lo que es la ecología, o ambientalistas ignorantes de lo que es un sistema ambiental. Tal biocentrismo desembocaría, de ser llevado a sus últimas consecuencias, en la extirpación de la especie humana, la cual, para sobrevivir, genera entorpecimiento a su alrededor: entre otras maléficis actividades, perturbadoras del (pretendido) equilibrio natural, el hombre devora vegetales, engulle animales y asesina las chinches, pulgas y mosquitos que chupan su sangre y no le dejan dormir la siesta.

Otros eco-freaks son menos drásticos. Siguen apegados al socorrido biocentrismo, aunque sin prescindir de su dieta vegetariana y/o carnívora, pero ya no piden la desaparición del hombre -algo han aprendido del correcto manejo que los pueblos aborígenes dan al ecosistema circundante- sino la instauración de una ética relacionada con el mundo natural. El inventor de este despropósito filosófico, carente de la más leve noción del significado de la teoría ética o de la acción moral, fue Aldo Leopold. Hacia 1933 escribió, olvidando que desde su origen el hombre es un "animal ético" (Waddington, 1960), que "al llegar a cierta etapa de complejidad, la humanidad encontró que el criterio de utilidad ya no bastaba. Uno por uno fue desarrollando y superponiéndole una serie de criterios éticos. El primero se refiere a la relación entre los individuos...; posteriormente, se abordó la relación del individuo con la sociedad...; hasta ahora, ningún sistema ético trata de la relación del hombre con la tierra y con los animales no humanos (sic) y las plantas que crecen en ella".

Dejemos de lado las inconsistencias lógicas y las barbaridades antropológicas de estos asertos. Fijemos nuestra atención en esa pretendida ética que hoy se pide para salvar la liquidación de la Naturaleza, así en abstracto -Lovejoy contó sesenta y seis acepciones del término- por el hombre, también en abstracto, prescindiendo de su pertenencia a una economía precapitalista o capitalista, a una sociedad "primitiva", campesina o industrial, a un país desarrollado o subdesarrollado, etc.

La ética es la teoría de la moral. La moral tiene que ver con el comportamiento referido a una norma convencional y, por ende,

LA MAÑANA

12/agosto/91

artificial, que lo ordena; hay así una moral de los fines y una moral de los medios, orientadas a la totalidad de la conducta humana y, como complemento, existe una moral casuística de las motivaciones de dicha conducta. La ética, abstracción posterior a los actos, reflexiona sobre las conductas humanas concretas y las sistematiza. Es, en tal sentido una especie de ciencia de la conducta.

Pero sucede que tanto la ética como la moral, creaciones culturales que no se hallan en estado nativo como el cobre o en una flor como el polen, apuntan a lo estrictamente humano. Funcionan en un mundo integrado por personas portadoras de valores que interactúan en el seno de una determinada sociedad y un determinado cuerpo de mores, es decir, de costumbres. No existe un acto moral entre un árbol de "mala sombra", como la leyenda quiere que sea la aruera y el hombre que duerme bajo su follaje, entre el agua de un arroyo y la comunidad aldeana que la utiliza, entre una bandada de cotorras y el agricultor que las persigue por devorar sus cosechas.

Lo moral, lo jurídico, lo político, lo que tiene que ver con el bien o el mal, con la injusticia o la justicia, con el poder despótico o el acatamiento colectivo a la norma democrática, es asunto humano. En esto nada tiene que ver la Naturaleza, ni como agente ni como recipiente de acción moral alguna. La Naturaleza, no es un sujeto de derechos u obligaciones ni tiene conciencia para serlo. Es sin llegar al desprecio plotiniano, heredado por Hegel y Marx, un objeto de experiencias y conocimientos y un escenario de la actividad humana. No posee responsabilidad, no hesita entre lo correcto o lo incorrecto de una actitud, no debe escoger en una escala axionómica el valor apropiado para tal o cual coyuntura. Está al margen de todo utilitarismo, hedonismo o eudemonismo. Es neutra, amoral, acata leyes de supervivencia biótica distintas a las de nuestras convenciones y códigos socioculturales originados por el *nomos* y no por la *physis*.

Pero sucede que tras la cortina de humo de esta novelera e inviable ética se desdibuja la verdadera, la concerniente al mundo del hombre y sus valores.

Nos quejamos, por ejemplo, de la agresión a los ecosistemas amazónicos por parte de los *garimpeiros*. Pero no preocupa mayormente a los ecologistas la condición menesterosa de los nordestinos brasileños, expulsados por terratenientes cuasi feudales de sus tierras y sus hogares. Del mismo modo cuando las transnacionales depredan la floresta amazónica para extraer madera y establecer factorías, no se denuncia con el debido énfasis la causa de esas devastaciones, las cuales no representan la "torpe" embestida del hombre contra la inocente Naturaleza sino la consagración de un estilo productivo que responde a los intereses del gran capital, ciego ante el derecho humano a la vida e indiferente a la protección de los recursos no renovables de la geosfera y la biosfera.

En toda agresión a la naturaleza pues, subyace una desorganización de las relaciones interhumanas, una explotación del hombre por el hombre, una estructura económica refrendada por la fuerza que tiende al enriquecimiento desaprensivo y prepotente de un sector de la sociedad hacia otro sin tener en cuenta el daño ambiental o el saqueo de la ecosfera. Plantear el problema de otra manera es escamotear las razones de la crisis ambiental y de la dilapidación de aquellos bienes terrenales que por igual pertenecen a todos los hombres y cuyo correcto manejo, imprescindible multiplicación y equitativo disfrute debe resolverse moral, política, científica y técnicamente mediante un definitivo entendimiento entre los integrantes de la propia especie humana. De ser así, las ballenas azules no desaparecerán del océano y la gigantesca sequoia seguirá proclamando, a mayor altura aún que la catedral de Estrasburgo, la grandeza y la hermosura de la Creación. 19



En toda agresión  
a la naturaleza  
subyace una  
desorganización  
de las relaciones  
interhumanas